Los galicismos en la última edición del DRAE

Dolores Corbella
Ana Mª Real Cairós
Universidad de La Laguna

El contacto secular entre el español y el francés se ha reflejado en una interferencia lingüística más o menos profunda que tiene en el léxico su máxima expresión. Y a pesar de que, como repetidamente se ha reconocido, la influencia gala alcanza su mayor apogeo en el siglo XVIII, múltiples causas inciden para que la adopción de locuciones y términos haya continuado _aunque en menor medida_ de forma ininterrumpida hasta la actualidad. No hemos de analizar sino las páginas del *Diccionario de voces de uso actual*[1], publicado hace tan solo unos meses, en 1994, para comprobar que, efectivamente, en el lenguaje de la prensa y en el de otros medios de comunicación es general el empleo de una serie de expresiones cuyo origen francés parece evidente. El mismo M. Alvar Ezquerra, en la «Introducción» a este diccionario de neologismos concluía que «lo que de verdad resulta sorprendente es la aparición de no pocos galicismos, algunos de ellos bien aclimatados, como lo demuestra *glamour* y, sobre todo, *glamouroso* y *glamuroso* _con las dos grafías_ que podrían hacer las delicias de los afrancesados»[2]. Muchos de esos términos han pasado ya al lenguaje común y tendrán seguramente su puesto en los diccionarios sincrónicos que describan el español usual de este fin de siglo.

El propósito de nuestro estudio ha sido, precisamente, revisar el estado de los préstamos de origen francés en castellano actual, con especial incidencia en el ámbito de la lexicografía académica, en lo que se refiere a la aparición en la última edición del DRAE, la vigésima primera, de nuevos términos o de «desvíos» semánticos inusitados en vocablos ya existentes, o en el desarrollo de estructuras léxicas más amplias[3]. Nos ha parecido oportuno aproximarnos a este hecho lingüístico y captar una visión panorámica de la corriente normativa y del desvío. En palabras de Josette Rey-Debove, pretendemos valorar «l'importance du phénomène, observer pourquoi on emprunte un mot, comment il se conserve ou comment il se démode, et de quelle façon la circulation des

---

[1] M.Alvar Ezquerra (dir.), *Diccionario de voces de uso actual*, Madrid, Arco Libros, 1994.

[2] *Ibídem*, p. VII.

[3] Nuestro comentario va a centrarse básicamente en el llamado «préstamo léxico». Vid. para otros tipos posibles de préstamos la clasificación que presenta Juan Gómez Capuz en «Apostillas, enmiendas y adiciones a una clasificación siempre provisional del préstamo lingüístico», en *IV Encuentro de la Asociación de Jóvenes Lingüistas*, Valencia, 1993 (en prensa).

[4] En la «Introducción» del *Dictionnaire des anglicismes*, Le Robert, París, 1980, p. V.

mots est liée à la circulation inévitable des objets et des idées»[4]. Además, la aportación neológica a los diccionarios de la lengua nos hace cuestionar hasta qué punto parte de estas interferencias, motivadas en la mayoría de los casos por simples contactos interlingüísticos o por factores culturales externos, afectan sólo a la estructura superficial de la lengua o, por el contrario, llegan a provocar alteraciones o reajustes en el mismo sistema. Para actualizar el corpus nos hemos servido de esta última edición del diccionario, disponiendo, como marco referencial comparativo, de las anteriores ediciones del DRAE, del *Diccionario Manual*, del *Diccionario general ilustrado de la Lengua española (VOX)*, del ya clásico *Diccionario de Galicismos* de Baralt, del reciente *Diccionario de voces de uso actual*, así como de diccionarios de dudas y errores del lenguaje como el de M.Seco (*Diccionario de dudas y dificultades de la lengua española*), el de F. Corripio (*Diccionario práctico de incorrecciones, dudas y normas gramaticales*), el de A.Santamaría y otros (*Diccionario de incorrecciones, particularidades y curiosidades del lenguaje*), el de J. Martínez de Sousa (*Dudas y errores de lenguaje*), manuales y libros de estilo (*Libro de estilo de ABC, El PAÍS. Libro de Estilo, Manual de español urgente*), diccionarios de extranjerismos (el de J.J. Alzugaray, *Diccionario de extranjerismos*, o el de Arturo del Hoyo, *Diccionario de palabras y frases extranjeras*) y la observación directa en la prensa escrita, en las traducciones y en la lengua hablada de todos estos fenómenos.

La presencia «francesa» en la lengua castellana se vertebra de forma diferente según la época, el entorno social y el contexto discursivo. Si la Academia surgió, como se sabe, para depurar y conservar la lengua (recordemos su lema: «Limpia, fija y da esplendor»), siendo su fin principal, como se advierte en el primer capítulo del *Diccionario de Autoridades*[5], «fijar la pureza y elegancia de la léngua Castellana, desterrando todos los erróres que en sus vocablos, en sus modos de hablar, ó en su construcción ha introducido la ignoráncia, la vana afectación, el descuido, y la demasiada libertad de innovar: será su empléo distinguir los vocablos, phrases ó construcciones extrangéras de las próprias, las antiquadas de las usadas, las baxas y rústicas de las Cortesanas y levantadas, las burlescas de las serias, y finalmente las própias de las figuradas», no obstante las posturas de los hablantes y escritores ante el préstamo y su adopción siempre se han articulado entre los dos polos de innovación y de tradición. Y ya en ese mismo siglo XVIII podemos encontrar algunas afirmaciones que advierten de la necesidad de introducir en el léxico castellano palabras tomadas en préstamo porque, como dice Feijoo, «No hay idioma alguno que no necesite del subsidio de otros, porque ninguno tiene voces para todo»

[5] *Diccionario de Autoridades (1726-1730)*, Madrid, Gredos, 1969, p. XXIII.

y para introducir un extranjerismo «basta que lo nuevo tenga o más propiedad o más hermosura, o más energía»[6].

El carácter normativo que adquirió el *Diccionario* académico desde su publicación y la necesidad que siempre se ha impuesto de la comprobación de un uso generalizado de los distintos términos antes de su incorporación en el repertorio oficial ha incidido para que muchas formas hayan tardado más de un siglo en alcanzar ese registro (cfr. las voces *cabaré* y *ballet*, recogidas por el *Diccionario de Baralt* ya en 1855, pero que se incorporan por primera vez en 1992). Es precisamente en la última edición del *Diccionario* cuando este hecho parece que intenta corregirse y, como se advierte en el «Preámbulo», son «objeto de atención especial [...] la incorporación de neologismos». Así, ven por primera vez refrendado su uso en el DRAE términos como *afer, afiche, ballet, beis (y beige), boutique, bricolaje, cabaré, calambur, colage, constelar, cruasán, crupier, chándal, chic, debatirse, dossier, enervar, entrecot, filatura, gratinar, guache, maillot, palmarés, pastiche, paté, pelerina, perlé, pívot, plumier, popelín, pose, praliné, ragú, ralentí, secreter, tartufo, tisular, tutú* y *vodevil*. Es evidente que todo préstamo en su adopción pasa por un proceso de adaptación fonética, morfológica y semántica que le permite funcionar en la nueva lengua como una unidad perfectamente integrada en su sistema. Pero al analizar todas estas palabras y aquellas otras de las que tenemos constancia y que no han sido registradas todavía por el DRAE, surgen algunas cuestiones como la vía de introducción (grafías que apuntan a un registro hablado, frente a formas que evidencian una influencia de la competencia escrita), el nivel de empleo de estos términos (los rasgos de modernidad, civilización, función argótica y prestigio en el hablante que su uso conlleva), las estructuras onomasiológicas a las que se incorporan y las especificaciones significativas que su introducción aporta.

1. La integración y asimilación definitivas de algunas voces francesas pasa por una normalización gráfica o unas pautas de modificación _aparentemente generales y con cierto perfil de regularidad_, tendentes a la normalización gráfica en el presente y en el futuro, si bien en determinados casos el prestigio escrito parece imponerse en voces como *ballet, boutique* o *colage*[7] *(o en términos atestiguados solamente en el Diccionario Manual*[8] *como maitre* y *partenaire*),

---

[6] En *Introducción de voces nuevas*, pp. 15 y 20. Citamos a través del estudio de E. Martinell, «Posturas adoptadas ante los galicismos introducidos en el castellano en el siglo XVIII», *Revista de Filología de la Universidad de La Laguna*, 3, 1984, pp. 101-128.

[7] La influencia culta ha parado la inicial adaptación de esta palabra y hoy se pronuncia *[kolás]*.

[8] Usamos la cuarta edición revisada, Espasa-Calpe, Madrid, 1989. En adelante, cuando un término esté recogido por el *Diccionario Manual* y no haya pasado a la última edición del DRAE lo marcaremos con asterisco [*].

o en las grafías *dossier* o **impasse*, donde se conservan los significantes originarios. Lo general es que la alteración gráfica se vea supeditada a la pronunciación francesa, dándose en castellano casi un calco fonético global de dicha voz. Se adopta así la regularización gráfica *_et* > *_é* en términos como *cabaré*, *croché* _DRAE-84_ o *chalé*[9], *lo que hace pensar que si alguna vez la Academia acoge vocablos como duvet* o *sachet* les dará las formas *duvé* y *saché*. También es general que la grafía francesa *ou [u]* sea modificada en aras de su pronunciación, de ahí la incorporación de *guache, crupier, tur, fular, popurrí* o *futre*[10]. *Llegan incluso a darse reducciones silábicas del vocablo original, así difícilmente reconocería un francés la fachada de términos como grancé*[11], **paspartú* o **sanfasón*. Se constata la conservación de la vocal tónica francesa, así como el mantenimiento de la grafía *u* > *[y]*, cuyo timbre fonético no existe en nuestra lengua pero que no ofrece discordancia gráfica: *plumier, tartufo* o **guipur* avalan esta tendencia. En lo que respecta a las nasales, la Academia en su normalización mantiene en ocasiones la grafía original francesa como ocurre en las voces *ralentí, rendibú, *entente, *entrefilete*, aunque en otras ocasiones la grafía se adapta a la pronunciación para reflejar que la sílaba nasal reproduce una articulación más abierta: *calambur, *chagrén, *gratén, *pandan*. Las modificaciones consonánticas derivan en una reducción de las consonantes geminadas gráficas (*afer, acantonar, colage, fricasé, somier, capitoné, bonhomía*), en la pérdida de consonantes internas como el caso de la *h_* interior inicial de sílaba _muda en francés_: **desabillé* (aun cuando el castellano registre derivados del francés *habiller* con su correspondiente *h_* etimológica, tales como *habillado, _da* o *habillamiento*), y la pérdida de la *_t* final <*_et* (*bidé, cabaré*, etc.). En ciertos casos la analogía ha actuado para la adopción de una determinada grafía (cfr. *verba*, procedente del fr. *verve*) o de una determinada acentuación (como el cambio de los sustantivos franceses de oxítonos a paroxítonos: *chándal, chófer*[12]). *Pero la alternancia de voces como beis* y *beige, chauvinismo* y *chovinismo* (o *restaurante/restorán* o *pendentif/pandantif*) nos recuerda que todavía no ha terminado la fase de aclimatación normativa, si bien la Academia remite en las formas populares (*beis* y *restorán*) a las variantes etimológicas, lo que en cierta medida nos orienta sobre su preferencia.

En lo concerniente al comportamiento morfológico, muchos términos com-

---

[9] Aunque la Academia incorpora en la última edición también *chalet*, en esta entrada remite a *chalé*.

[10] Estos tres últimos términos presentes también en ediciones anteriores.

[11] Incorporada ya en ediciones anteriores.

[12] Cfr. la aceptación académica de *elite*, frente a la pronunciación no etimológica y más generalizada *élite*. Vid. el artículo de Valentín García Yebra, «Sobre galicismos prosódicos», en *ABC*, 22-11-1992, p. 70.

puestos en francés se unifican (*paspartú, ponlevi*) y otros adaptan sus prefijos a la forma castellana (*inaperçu* > *desapercibido*). También es general la adopción de la palabra con su género originario (*debacle*), aunque si se da algún cambio se hace en favor de la terminación no marcada _el masculino_ (*afer, afiche, echarpe, entrecot, popelín* o **impasse*).

2. Del análisis de las calificaciones sobre el nivel de empleo, el arraigo, la localización, etc., de estas voces también pueden deducirse algunas conclusiones.

La Academia define el galicismo en su última edición como «Idiotismo propio de la lengua francesa» y como «Vocablo o giro de esta lengua empleado en otra». De esa afirmación no se desprende ninguna valoración despectiva como puede observarse en otras voces utilizadas dentro del mismo campo como *galiparla* o *gabacho*. Sin embargo, en la práctica lexicográfica el «galicismo» hace referencia comúnmente a la voz o a la expresión de origen francés no aceptada todavía por la Institución en su repertorio oficial, bien porque se dispone de una voz equivalente en español, bien porque todavía no ha adquirido carta de naturaleza. De hecho, cuando una palabra es considerada en el *Diccionario Manual* como galicismo y se admite en el DRAE, siempre es sustituido este calificativo por la especificación en la etimología de su origen galo. Queda así sobreentendido que tal valoración sólo puede tener cabida en un determinado momento histórico, ya que la misma evolución de la lengua hace que lo que hoy se considera foráneo o extranjero, dentro de unos años esté totalmente adaptado y aceptado. Sólo en dos ocasiones hemos registrado esta especificación en voces incorporadas en las últimas ediciones del *Diccionario Académico*: en el lema *apercibir* (registrado en el DRAE-84 y donde se especifica: «3. tr. Percibir, observar, caer en la cuenta. U.t.c.prnl. Este uso galicista se considera vulgar y descuidado») y en el término *enervar* (introducido en el DRAE-92: «3. tr. Poner nervioso. U.t.c.prnl. (Galicismo frecuente)»). Este tipo de comentarios no es el habitual en este *diccionario* que posee un sistema de nomenclaturas muy adecuado para indicar el uso vulgar de determinada voz o para, con su sistema de reenvíos constantes, indicar cuál es el término más frecuente o el preferible según la Academia.

La tardanza en la incorporación de muchos de los vocablos al índice académico oficial ha incidido también para que, cuando estos por fin se han registrado, en muchas ocasiones ya no resulte tan extendido su uso. Así, figuran como generales, sin matización diastrática o diafásica, voces como *debacle, echarpe, filatura, pelerina* o *ragú* que quizá deberían tener una especificación, bien por su poca frecuencia bien por su empleo en campos muy restringidos como la moda, la economía o la gastronomía. Aun así, los criterios de incorporación de estos galicismos no parecen haber sido uniformes, ya que

han quedado fuera otros préstamos que, como *chef, confort, foigrás, maitre, pret-a-porter, rol* 'papel, función', *roulotte, suite, toilette, tur* 'vuelta', *travesti, turné, vedete*, etc., deberían haber tenido cabida en el *diccionario académico*, porque o pertenecen a distintos registros lingüísticos que sus paralelos españoles, o poseen una frecuencia de uso superior a la de sus sinónimos correspondientes castellanos[13].

En cuanto a la localización, como es lógico en una obra que se ha publicado como un homenaje al *Quinto Centenario*, se han tenido en cuenta las voces propias del español americano. Así, han tenido cabida por primera vez los términos *afiche, reservorio* y *buró* («2. *Méj. mesa de noche*»), si bien todavía han quedado fuera otras lexías que como **fuete, *fuetazo, *morgue*[14], *diplómata, dosaje, garzón* ('camarero'), **mansarda* ('buhardilla'), etc., son también definitorias de la realidad americana.

3. Si centramos nuestra atención en el significado y en el tipo de francesismos incorporados, lo general es que los galicismos introducidos en su mayoría respondan a la llamada neología denominativa, sea connotativa o denotativa[15], en la que tanto el significante como el significado son, en su conjunto, términos importados que aluden a nuevas pautas comunicativas, a modas o a nuevos elementos de la vida material. Los campos de la prensa, la alta costura, la cocina o el mundo de la economía o la política son los más abiertos ante la adopción de términos gabachos y, en general, se pueda advertir que su divulgación se debe en la mayoría de los casos a una imitación de un estilo de lengua de las clases altas, más proclives al esnobismo (*toilete*) y al empleo de voces foráneas más dinámicas que sustituyan giros y construcciones patrimoniales más densos (**pret-a-porter, au-pair, *tournée*).

La incorporación en la última edición del DRAE de las nuevas tendencias y teorías en el análisis de los préstamos léxicos ha llevado a la Academia también a distinguir una serie de tipos de interferencias según su adscripción o no a las voces y significados españoles. Así, en líneas generales, la distinción entre homófonos (según la terminología que adoptan Haugen y Humbley[16]) ha permitido diferenciar entradas homógrafas para voces que parten de étimos distintos como *apercibir*[1] (De *a_*[1] y *percibir*) y *apercibir*[2] (Del fr. *apercevoir*), o *debatir* (Del lat. *debattuere*) y *debatirse* (Del fr. *se débattre*).

---

[13] En el «Prólogo» al *Diccionario general e ilustrado de la lengua española (VOX)*, Barcelona, Biblograf, 1987, p. XIX, Menéndez Pidal advertía que «La aversión, o mejor dicho, la inatención hacia el neologismo es tan grande en la lexicografía, que frecuentemente no alcanzamos la razón de por qué omite algunos vocablos el diccionario selectivo».

[14] Aunque considerado tradicionalmente como americanismo, *morgue* parece tener hoy un uso extenso incluso fuera del ámbito americano, quizá como reflejo de una extensión de su empleo en el contexto anglosajón.

[15] *Vid.* Guilbert, *La Créativité lexicale*, Larousse, 1975.

[16] *Vid.* Einar Haugen, «The Analysis of Linguistic Borrowing», en *Language*, 26, 1950, pp. 210-231, y John Humbley, «Vers une typologie de l'emprunt linguistique», en *Cahiers de Lexicologie*, 25, 1974, pp. 46-70.

En otros casos, no es la palabra completa la que se adopta, sino una determinada acepción para una voz castellana que tiene el mismo origen que la lexía francesa: son los llamados préstamos entre palabras análogas en que la analogía formal y semántica favorece la adopción. Aunque no de manera generalizada, sí de forma esporádica, se ha registrado este tipo de interferencia en la última edición del DRAE. Así, en la entrada *cerca*[2] se advierte una influencia concreta para el uso de la locución preposicional *cerca de*: «(por infl. del francés.) Sirve para designar la residencia de un ministro en determinada corte extranjera. *Embajador* CERCA DE *la Santa Sede;* CERCA DE *Su Majestad Católica*»; o en el artículo correspondiente a *abonar*, en la acepción décima se especifica: «(Con influjo del fr. *abonner*.) Inscribir a una persona, mediante pago, para que pueda concurrir a alguna diversión, disfrutar de alguna comodidad o recibir algún servicio periódicamente o determinado número de veces. U.m.c.prnl.», o, en la voz patrimonial *afer* se acepta la influencia gala para su reintroducción en el español contemporáneo: «2. (Del fr. *affaire*.) Negocio, asunto o caso ilícito o escandaloso». Esta práctica debería extenderse a otras acepciones de voces castellanas cuyo uso también se ha actualizado o se ha especificado gracias a su término análogo galo, por lo que deben ser considerados también como galicismos semánticos (cfr. la acep. tercera de *despojar* con el significado de «Extraer de un libro o de un objeto de estudio aquellos datos o informaciones que se consideran de interés», o la acepción quinta de *traza*, «Huella, vestigio», habitualmente consideradas como galicismos).

Escasos son los ejemplos en que la Academia ha aceptado la incorporación de calcos (cfr. la voz *entredós* «Calco del fr. *entre-deux*», o *garete (ir*, o *irse, al)* «Quizá formación del fr. *être égaré*, andar extraviado»). Lo normal es que falte la indicación etimológica (vid. *piedra de toque*, *librepensador*) o que se resista a su adopción (cfr. expresiones todavía no registradas como *allá abajo, bajo demanda, mala conciencia, por contra, de buena hora, jugar su papel, de una vez por todas, andar gris*, etc.).

Por último, la especificación etimológica no advierte tampoco de los cambios de significado sufridos, tanto en lo que se refiere a ampliaciones de sentido como a las restricciones, así como a la adopción de una sola de las posibles acepciones francesas de la voz y de la incorporación de nuevas matizaciones en los correspondientes campos donde se introducen. No hay que olvidar que en la dinámica de la interferencia no se ven afectadas por la sustitución solamente la palabra prestada y la desplazada, sino también las estructuras a las que estas van ligadas. Términos como *boutique, bricolaje, dossier, suite, calambur, chovinismo* o *maillot*, por ejemplo, no tienen una correspondencia exacta en castellano y añaden nuevas especificaciones a los campos en que se incorporan. *Afer* se toma del francés para denotar o referirse al 'asunto de cierta relevancia con repercusiones políticas o sociales' (adaptando sólo uno de los valores que poseía en su lengua originaria:

«Ensemble de faits créant une situation compliquée, où diverses personnes, divers intérêts sont aux prises»); *amateur* (aceptado todavía sólo por el *Diccionario Manual*) se introduce en español con el valor que adopta no el francés en el siglo XV[17], sino el del XVIII (1762): «Personne qui cultive un art, une science, pour son seul plaisir (et non par profession)»[18]. Por último, la introducción de la voz de origen francés *acaparar* en español contemporáneo ha llevado a la Academia en su última edición a la especificación y ordenación de los contenidos de otros verbos que comparten su mismo paradigma, de ahí que se haya adaptado el significado del término afín «monopolizar» en el DRAE-92, con el sema '+exclusividad' («2. Acaparar algo o a alguien de una manera exclusiva») que lo distingue semánticamente del préstamo francés.

En definitiva, aunque no podemos hablar hoy de una *avalancha* de voces francesas dentro del español actual equiparable a la que se produjo durante los siglos XVII y XVIII, sobre todo, es evidente que estamos asistiendo a un cambio, a una apertura debida a la influencia cultural, a las relaciones internacionales y al desarrollo de las comunicaciones donde un *mélange* de términos del más variado origen jalona como un *continuum* todas las lenguas del occidente europeo. Después del inglés, el francés se presenta hoy como una fuente inagotable de voces donde se nutren determinadas parcelas del léxico, así como una vía de introducción de los llamados «pseudo-galicismos», voces foráneas que encuentran en esta lengua el vehículo apropiado para su expansión. La Academia no puede ni debe estar al margen de esta nueva situación y esa renovación de su léxico oficial parece que ha empezado a iniciarse con esta última edición, donde la apertura para incluir en la macroestructura del diccionario los préstamos léxicos modernos se muestra ya, por sí sola, como un hecho relevante. Hace falta que también en la microestructura de cada lema se especifique exactamente la procedencia del término, atendiendo en la medida de lo posible a la etimología del contenido, se adopte un criterio uniforme para la adecuación ortográfica del préstamo, se especifiquen claramente las marcas de uso, localización y estilo y se defina exactamente su significado. Como señaló Y. Cousquer en su artículo «Création et créativité lexicales dans l'espagnol d'aujourd'hui»[19], el préstamo «peut aussi être considéré comme un enrichissement. Les langues comme les civilisations qu'elles dénotent sont les fruits d'apports constants et variés, ce truisme a sans doute besoin d'être réaffirmé au moment où des courants contraires se lèvent».

---

[17] Fecha de entrada que da *Le Nouveau Petit Robert* para este lema.

[18] La acepción introducida en el siglo XIX (1859) referida principalmente para el atleta o el deportista, subyace principalmente en el castellano *amateurismo*. Incluso llega a registrarse en el *Diccionario de voces de uso actual* de M. Alvar Ezquerra la forma *amateurismo marrón* con la total coincidencia de sentido francés 'falso amateurismo' («Professionalisme non avoué»).

[19] En *Créativité lexicale, Cahiers de l'E.R.L.A.*, 2, 1990, p. 109.